MILITARES.

DISCURSO UNICO.

Deberes del soldado católico.

Labora sicut bonus miles Christi Jesu. (*II Tim.* II, 3).

Una institucion que está exclusivamente consagrada al bien de la patria y de toda la sociedad: una institucion cuya noble mision es sostener el trono cuando vacila, hacer respetar la ley cuando se la viola, salvar la nacion cuando peligra, mantener el órden público cuando se lo perturba, apoyar á la autoridad cuando manda, reprimir al díscolo cuando desobedece, contener al sedicioso cuando conspira, combatir al extranjero cuando amenaza y humillarle cuando insulta: una institucion cuyos individuos, por el bienestar de los pueblos, sacrifican generosamente las dulzuras del hogar doméstico, las conveniencias de la casa paterna, los encantos del país natal, pasando la vida, ora sudando en rápidas y penosas marchas, ora sufriendo duras privaciones, ora peleando en el campo, ora guarneciendo una fortaleza..... ¡cuán digna es del amor de todo buen español! ¿Qué seria de nuestra patria si no tuviese ese brillante ejército? Seria la risa de los extranjeros, el juguete de las revoluciones, la víctima desgraciada de incesantes conmociones y asonadas. ¿Quién si no el militar disipa los planes del sedicioso, tiene á raya al revolucionario, y hace frente á todos los

enemigos de la patria? ¿quién si no el soldado hace que la bandera española sea respetada en todas las partes del globo, lo mismo en América que en Europa, lo mismo en Africa que en el Asia? ¿quién si no el ejército nos da y nos conserva la suspirada paz, esa paz á cuya sombra las artes prosperan, el comercio florece, la ciencia brilla y la Religion, rehaciéndose de sus pasadas quiebras, va adquiriendo nuevo lustre, nuevo vigor, nueva vida?

Sí, nobles militares: vosotros teneis especial derecho á nuestras simpatías, mucho más que los que quisieran ver humillada y tal vez aniquilada vuestra nobilísima profesion; pues miéntras ellos estarán pasando una vida inútil y quizás perjudicial á sus semejantes, vosotros la empleais provechosamente en vuestras tareas marciales, tal vez velando en tempestuosa noche por la seguridad de una plaza, tal vez defendiendo una brecha que ya no tiene otra defensa que vuestros inquebrantables pechos, tal vez marchando impávidos por medio de una lluvia de balas á quitarle al enemigo un reducto, una batería ó una bandera.

Quiera Dios, que así como sois fieles y valientes, seais tambien cristianos y virtuosos, á fin de que, sacando grandes méritos de vuestra penosa carrera, si ahora no recibís toda la recompensa en la tierra, la recibais á su tiempo en el cielo. A este objeto os expondré brevemente los principales deberes del soldado católico, que están todos resumidos en estas brevísimas palabras de san Pablo: *Labora sicut bonus miles Christi Jesu.*

La carrera militar, considerada en su propia naturaleza, y haciendo abstraccion de los abusos que pueden cometerse á su

sombra, nada tiene que sea contraria á la ley de Dios ó al espíritu del Evangelio. Si algo contrario tuviese, ni Dios tomaria, como toma, el nombre de *Señor de los ejércitos;* ni la Iglesia ordenaria, como ordena, rogativas en tiempos de guerra; ni la liturgia tendria, como tiene, una bendicion expresa para los estandartes católicos. No solo la profesion militar no tiene cosa alguna que no pueda conciliarse perfectamente con el exacto cumplimiento de la ley divina, sino que, bajo un cierto respecto, es más á propósito que ninguna otra para santificar al que la sigue; pues las privaciones, penalidades y peligros á que habitualmente está sujeto el soldado, le abren un ancho y hermoso camino para hacerse un gran santo. Lo cierto es que en todos tiempos ha habido entre la gente de guerra hombres no ménos admirables por su virtud y santidad, que por su pericia y valor, no sabiéndose qué más admirar en ellos, si el denuedo con que acometian al enemigo, ó la fidelidad con que servian á Dios. David.... . aquí teneis un guerrero á quien ni el mismo Alejandro osaria disputar la celebridad de sus combates y victorias, y sin embargo, amaba á Dios con la ternura que nos revelan sus salmos, y practicaba con puntualidad las virtudes sociales, domésticas y religiosas. Los príncipes de Judá..... aquí teneis unos héroes que se hicieron inmortales por las gloriosas guerras que emprendieron y llevaron á cabo contra los enemigos de la patria; y con todo, muchos de ellos fueron tan sólidamente virtuosos, que la historia no ha dudado colocarlos en el catálogo de los santos. Jorge, Mauricio, Eduardo, Estéban, Casimiro.... ahí teneis á unos hombres á quienes la Iglesia venera como portentos de santidad; y no obstante, estos hombres mandaban batallones, disponian sitios, asaltaban ciudades y teñian sus manos con sangre enemiga.

Y es que la Providencia tiene abiertos á los hombres diferentes caminos para llegar al cielo, dejando que cada cual escoja el que más se acomode á su génio y temperamento: quien escoge el del sacerdocio, quien el del comercio, quien el de la magistratura, quien el de las armas. Todos son buenos, expeditos, seguros, con tal que se cumplan fielmente los deberes que cada uno de ellos impone. El vuestro gran deber, señores militares, el primero, el más esencial, el más indispensable de todos vuestros deberes es estar perfectamente sumisos á Dios, tanto y aun más de lo que lo estais á vuestro general y al gobierno superior de la nacion. ¿Creeriais acaso que la profesion de las armas os sustrae del dominio y dependencia de aquel supremo Monarca que vive y reina en los siglos de los siglos? ¿ó que el dia que vestisteis la librea militar os emancipasteis de la autoridad de la Iglesia católica vuestra madre? Vuestra ilustracion es mucha para dar cabida á semejante ilusion. Así como el fuero militar no hace que no seais cristianos, ni que no pertenezcais á la comunion católica, ni que no lleveis impreso en el alma el carácter indeleble del Bautismo, así tampoco os dispensa de cumplir los deberes que el Bautismo, el título de católicos y el carácter de cristianos imponen á todo hombre.

Ni una de las obligaciones que se contraen en el bautismo deja de comprenderos por ser militares: todas os tocan, todas os cogen de lleno, todas pesan inflexiblemente sobre vuestra conciencia. ¿Y cuál seria la que dejaria de comprenderos? ¿seria acaso la de creer y profesar la verdadera fe? ¿seria tal vez la de arreglar las costumbres conforme á los principios del Evangelio? ¿seria quizás la de obedecer las santas prescripciones de la Iglesia? Señores militares, así como á ningun paisano le es lícito ser incrédulo ó indiferente, ni llevar una vida libertina ó escandalosa, ni pisar los mandatos que la Iglesia impone á sus hijos, así tampoco lo es á vosotros: y la filosofía

que quiere persuadiros lo contrario, so pretexto de que la fe, la piedad y la Religion debilitan el valor y apocan el espíritu, es una filosofía loca, estúpida, insensata. Nada comunica al militar tanto valor como una fe pura y una conducta sin tacha: el militar que posee estos dotes jamas vuelve la cara al enemigo por poderoso que sea, jamas teme la muerte por próxima que la vea, jamas cede á los peligros por muchos y grandes que aparezcan. Es valiente, es audaz, es impávido; pero valiente sin temeridad, audaz sin precipitacion, impávido sin imprudencia

¿Y cómo no habia de serlo, si en su buena conciencia halla razones poderosísimas para esperar el auxilio del *Dios de los ejércitos*, que nunca abandona á los que le temen y le sirven? No se salva el rey, dijo David, por su numeroso ejército, ni el gigante se salvará por su mucha fuerza: inútil es de sí la caballería para ganar la batalla, ni sirve la abundancia de soldados para alcanzar la victoria: "Non salvatur rex per multam virtutem, et gigas non salvabitur in multitudine virtutis suae. Fallax equus ad salutem, in abundantia autem virtutis suae non salvabitur." (1) ¿Qué es, pues, lo que sirve? Lo que sirve es, responde él mismo, temer al Señor y esperar religiosamente en su auxilio: "Ecce oculi Domini super metuentes eum, et in eis qui sperant super misericordia ejus." Y no lo dice á la ventura, sino enseñado por la experiencia. Qué proporcion habia entre él y Goliat? El jovencito de talla comun: Goliat hombre provecto de altura descomunal: él acostumbrado al inofensivo oficio de pastor de ovejas; Goliat ejercitado en el manejo de las armas desde sus primeros años: él sin otras armas que un báculo, una honda y cinco piedras; Goliat armado con sable, lanza, coraza y escudo que le cubria todo el cuerpo. Y con todo,

1 Psalm. XXXII, 16 et 17.

al primer tiro de piedra le derribó al suelo exánime. ¿Cómo así? porque Goliat entró en la lucha confiando en su propia fuerza, y David entró confiado en el auxilio de Dios: "Tu venis ad me cum gladio, et hasta, et clypeo; ego autem venio ad te in nomine Domini." (1) Es evidente, pues, que en la guerra más puede la confianza en Dios, fundada en una conciencia pura, que el cálculo, la estrategia, la pericia y la fuerza de las armas.

A más de los deberes para con Dios, tiene el militar que cumplir otros respecto de la patria, los cuales, aunque pertenezcan á un órden inferior, no dejan de ser para él igualmente estrechos, obligatorios y sagrados. La buena razon dicta que todos tengamos amor á esta madre comun que nos acoge en su seno, que todos nos interesemos por su lustre y prosperidad, que todos trabajemos por su bien, cada cual en su propia esfera. Esta obligacion comprende indistintamente á todos los españoles, lo mismo al eclesiástico que al seglar, lo mismo al noble que al plebeyo, lo mismo al letrado que al ignorante; y quien á su manera no procura contribuir al bien general de la nacion, es indigno de que esta le ampare con sus leyes y le haga participante de sus cuidados y beneficios. Pero esta obligacion pesa de un modo especial sobre el soldado, quien por su misma profesion está precisado á hacer por ella toda clase de sacrificios, puesto que de ella recibe directamente el sueldo, la jubilacion y los honores. Sí, señores militares, la patria tiene un derecho particular á vuestros servicios; la patria necesita de hombres generosos y valientes que defiendan su independencia, salven el honor de sus banderas, y la mantengan á la altura que el valor español la ha colocado entre las naciones de Europa; y esta necesidad solo á vosotros es dado satisfacerla. Satisfacedla, y contad con el agradecimiento de todos los buenos

1 Reg. XVII, 45.

españoles: satisfacedla, y estad seguros de que la España os mirará como á sus ángeles protectores, os honrará con sus más dulces simpatías, y no tendrá para vosotros sino elogios, aplausos y bendiciones.

Para esto es indispensable que tomeis por divisa la obediencia, y obediencia la más rígida y absoluta; porque es cosa ya sabida que donde falta esta virtud, la ruina es inevitable. Todas las naciones tienen esta gran máxima: que sin obediencia, el soldado, léjos de contribuir á la seguridad del Estado, la compromete y la arriesga. ¡Qué de males pudiera acarrear á una nacion un ejército sin obediencia ni disciplina! Si la insubordinacion es funesta en todos los cuerpos, entre las tropas produce resultados funestísimos. Dadme un ejército del todo obediente y disciplinado, un ejército en el cual la insubordinacion se halle en tal vigor que el soldado acate dócilmente las órdenes del capitan, el capitan las del coronel, el coronel las del general, el general las del gobierno superior: este ejército es invencible. Dadme otro en cuyas filas haya cundido el espíritu de insubordinacion, de independencia, de anarquía: este ejército sucumbirá ante un puñado de enemigos. Por esto la ordenanza ninguna falta castiga con tanta severidad como la de inobediencia: por esto Manlio Torcuato hizo decapitar á su hijo al volver victorioso de una batalla que sin órden suya habia dado: por esto Publio Craso hizo dar azotes á un capitan de ingenieros, porque para el derribo de una muralla empleó otro ariete del que él le habia ordenado, siendo así que el del capitan era más apto: por esto, en fin, Escipion el Africano, preguntado por qué confiaba más en trescientos de sus soldados que en todas las demas tropas, respondió: porque éstos trescientos me son tan obedientes que, si les mando arrojarse al mar, lo harán con gusto sin dilacion alguna.

Despues de la obediencia aun debe tener el militar otra cualidad, y es la pericia. Ha de saber perfectamente su obligacion, ha de estar bien instruido en la táctica, ha de poseer todos los conocimientos correspondientes al grado que tiene en el ejército. Su negligencia en este punto seria criminal y deshonrosa: deshonrosa, porque no hay figura más triste que la que hace un oficial sin instruccion: criminal, porque su ignorancia podria tener resultados funestísimos en tiempo de guerra, ocasionando la derrota de un ejército entero. ¿No ha sido la impericia la que en más de una ocasion ha hecho que fuertes columnas fuesen destrozadas por poca gente aguerrida y disciplinada? Darío, vencido por un puñado de griegos, diria que sí.

Dícese desde tiempos muy antiguos que la guerra lleva consigo todos los males: *bellum omne malum;* y esta es una verdad que la comprueban amargas experiencias. El azote más formidable con que puede ser castigado un pueblo, es la guerra; y aunque al presente las guerras suelen hacerse con arreglo á unas leyes de humanidad que eran desconocidas en los tiempos pasados, son con todo inevitables infinitos desastres, ya por el furor con que unos acometen, ya por la obstinacion con que otros se defienden. ¿Qué medio para ahorrar siquiera algunas desgracias? No otro que el tener un corazon un poco humano, no otro que el reflexionar que se combate con semejantes aunque enemigos; y que si la justicia tiene sus derechos, la humanidad goza tambien de sus fueros. Este sentimiento de humanidad, al paso que honra al guerrero, hace que el paisano le ame, que el pueblo le quiera, que hasta el enemigo le bendiga.

Y si no dígaseme: ¿cuál fué la causa de que nuestro ejército recogiera tantas bendiciones en la expedicion que algunos

años atrás hizo á Roma? Se me dirá que fué la pericia del general, la cultura de los oficiales, y la bizarría de las tropas. Convengo en que estas cosas dejaron admiradas las cuatro naciones allí reunidas; pero lo que más las asombró fué ese carácter noble, ese espíritu de humanidad, ese entereza española que jámas se desmiente. Austria, Francia, Nápoles vieron con envidia que España tiene un ejército que en nada cede á los suyos.

Señores militares: este ministro del Dios de la paz pide al cielo mil bendiciones para vosotros. El dirija vuestras marchas, él bendiga vuestros sucesos, él os socorra en vuestros apuros, él corone vuestros trabajos. Amen.

MUNICIPALIDAD.

DISCURSO ÚNICO.

Deberes de los concejales.

Qualis rector est civitatis, tales et inhabitantes in ea. *(Eccli. X, 2).*

Señores concejales: honrado con la muy grata comision de dirigiros hoy la palabra, no puedo olvidar que mi elevado ministerio me impone la obligacion de hablaros un lenguaje tan atento y respetuoso como franco é ingénuo. Si por una parte sois acreedores, tanto por las virtudes como por la dignidad, á que os hable con el mayor respeto y atencion, por otra necesitais que os hable con toda libertad y franqueza, no solo porque á la altura en que os hallais apénas suelen llegar otras voces que las de la lisonja, sino porque las obligaciones que pesan sobre vosotros son de tal importancia y gravedad, que de su cumplimiento depende casi todo el bien temporal y eterno de la poblacion en que presidís. Y al decir esto, no creo excederme; porque tanto los Libros sagrados como los autores eclesiásticos y profanos están acordes en que, segun fuere el comportamiento del cuerpo municipal, resultará el mal ó el bien en toda la masa del pueblo. El Eclesiástico ha dicho: Cuales fueren los que gobiernen la ciudad, tales serán tambien los que moran en ella: *Qualis rector est civitatis, tales et inhabitantes in ea.* San Jerónimo ha escrito: La conducta del que gobierna es ordinariamente la regla de las costumbres públicas; cualquiera cosa que él haga, los súbditos piensan que deben hacer-